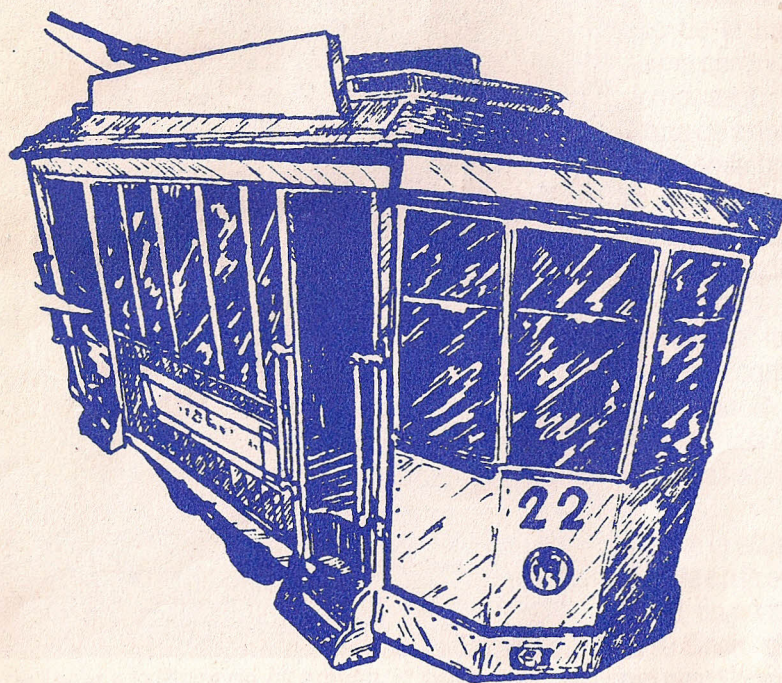


roja y otros autores. Aquí, podemos comparar los distintos escudos de Madrid que aparecen en las placas de las calles así como ver las diferencias existentes con el observado anteriormente en la fuente mencionada.

Por último, al asomarse a la calle del General Ricardos, podremos

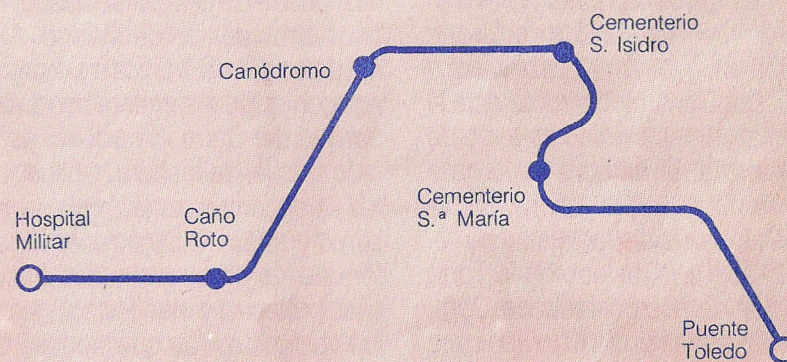
ver, a la izquierda, la fachada reconstruida de la Iglesia de San Miguel, la cual, una vez terminada la Guerra Civil, quedó en mal estado, y, un poco más allá, el Puente de Toledo merecedor de nuestra atención de manera detallada en una próxima visita.



CUARTO PASEO:

Este último recorrido se realizará por los confines de Carabanchel, bordeando el Distrito de la Latina. Veremos entre otros:

- El Hospital Militar,
- El barrio de Caño Roto y el Canódromo,
- Los Cementerios de San Isidro y S.^a María y la Iglesia de San Miguel,
- El Puente de Toledo.



VII. CUARTO PASEO

PUNTO DE SALIDA: Hospital Militar.

PUNTO DE LLEGADA: Puente de Toledo.

DURACIÓN: Dos horas y treinta minutos.

El presente paseo vamos a realizarlo, en su primera parte, por fuera de lo que hoy es, administrativamente, Carabanchel, pues, en la actualidad, la Vía Carpetana, antes denominada Avenida de las Animas, es la línea de separación de dos distritos diferentes de tal suerte que las casas de una acera pertenecen a



uno: Carabanchel, y las de la acera opuesta, a otro: Latina.

El paseo lo vamos a iniciar en la Plaza del Hospital Militar justo en el pequeño descampado situado enfrente de su puerta, en el solar en el que antes existía el Cine Sanz (más conocido por «El Palacio de las Pipas»). Un poco más allá, vemos la calle de Muñoz Grandes por la que pasaba antiguamente el tranvía que iba desde General Ricardos hasta el Hospital con este único trayecto de ida y vuelta. El nombre de la calle hace honor al propio general, el cual se encuentra enterrado no muy lejos de este sitio, al lado de la Torre mudéjar del Cementerio de Carabanchel, cuya familia tuvo una casa por esta zona en la que pasó una temporada recuperándose de las heridas recibidas en el campo de batalla y asistiendo casi diariamente a sesiones de rehabilitación en dicho Hospital.

Desde donde nos encontramos, podemos encaminar nuestros pasos en dirección paralela a la tapia que bordea el edificio del hospital viejo, el cual fue construido, a raíz del incendio del Hospital existente en la

calle de la Princesa, cuando el Ayuntamiento de Carabanchel cedió estos terrenos para su edificación. En la actualidad, a través de la verja metálica situada en la calle Petirrojo, podemos ver el enorme edificio que constituye las dependencias sanitarias de reciente construcción el cual puede contemplarse desde muchos otros puntos de Madrid. Al final de esta verja, vamos a encontrarnos con el recientemente construido parque del Cerro Almodóvar asentado donde, de manera habitual, antes se encontraban escombros, basuras y ratas en cantidades ingentes que fueron exterminadas gracias a las protestas y manifestaciones de los vecinos en las que no faltaron, tampoco, algún que otro bote de humo ni algunos detenidos. Al llegar al punto más alto del cerro, si el día está claro y despejado, se puede contemplar, a lo lejos, la Torre de la Telefónica y los edificios de la Plaza de España; a la izquierda, el barrio de Aluche, amasijo de bloques que han hecho olvidar, en pocos años, los campos que aquí existían y, más allá, el Cerro de la Mica y el Barrio de Lucero Batán. No debemos de-



Tapia del antiguo Hospital Militar con el nuevo edificio al fondo.

jar pasar por alto, en ningún caso, durante todo el recorrido que va desde el Hospital Militar hasta el Cementerio, las distintas especies arbóreas que nos van saliendo al paso.

Si atravesamos de forma diagonal el Parque, en dirección este, vamos a encontrar una curiosa Colonia que rodean las calles de Marcelino Castillo y Camino de la Laguna en cuyas plazas interiores y subterráneas es interesante adentrarse. Al cruzar la calle Camino de la Laguna entramos en otra Colonia distinta cuyas casas presentan una fisonomía completamente diferente en la que destaca su curioso patio interior. La aparición de la Avenida de N.^a S.^a de Valvanera indica el límite de esta segunda Colonia. Una vez bordeado el Colegio Público allí existente, vamos a encontrar una tercera Colonia de viviendas, cuyas fachadas enlucidas de limpio color blanco van decoradas con peculiar escalera, aquellas de varias plantas, con macetas y ramas que pretenden escapar de los patios, las que son de planta baja.

Atravesamos varias calles con el fin de llegar a la Plaza de Alcaraván

ya que allí se aconseja una pequeña parada para contemplar la Iglesia de la Ascensión y el Colegio regentado por las Hermanas de la Caridad, adosado a ella, que fue el lugar en el cual, durante los tiempos difíciles del final de la Dictadura, se intentó mantener clara una voz de justicia así como una labor continua de alfabetización. Sin cruzar la calle, dentro aún del territorio correspondiente al Distrito de la Latina, descendiendo de forma continua en dirección al río podemos seguir contemplando la estructura de estas pequeñas viviendas que, en la propaganda de venta, se anunciaban como espléndidas moradas cuya calidad diaria e interior ha resultado ser mucho más modesta. También podemos seguir contemplando los árboles que se resisten a la contaminación y que, rigurosamente, van ofreciéndonos sus hojas, sus flores y sus frutos en las épocas apropiadas.

Un poco más abajo, a la altura de la calle Mochuelo, existe en la actualidad un semáforo que, como tantas otras cosas, cuesta su dinero al contribuyente, así como costó en su día

su ausencia, pues, cuando no había sido aún colocado, se producían muchos accidentes, alguno de los cuales resultó ser luctuoso, motivo por el que las protestas de los vecinos se produjeron con vistas a que no fuera necesario tener que jugar-se la vida a la hora de pasar de una acera a la otra en este punto. Al llegar a la calle Ariza vemos las tapias y los voladizos del Canódromo, que fue bendecido e inaugurado en el año 1961, en el cual, diariamente, corre un puñado de galgos, detrás de una falsa liebre, antes de ser atrapados por los fatigados empleados, mientras los apostantes corren veloces a las taquillas desde las gradas en busca de un posible boleto acertante. Es posible que este lugar no sea el peor ni la hora la más desahogada para hacer una visita a alguno de los bares que en la zona existen con objeto de tomar unos mejillones rellenos o un poco de empanada regada con unas tazas de vino de Riveiro u otro reconstituyente similar.

Tras el refrigerio, atravesamos la Colonia de Caño Roto en la que pueden verse los escalones introdu-

cidos entre las distintas edificaciones para superar el desnivel del terreno así como los materiales que se han utilizado para ello: granito y cantos rodados que alivian la vista habituada tantas veces al cemento y al asfalto. Las viviendas de estos bloques presentan, entre otras características peculiares, la de poseer una pequeña escalera interior que conecta las dos plantas que tiene cada morada. Cuando llegamos a la calle Gallur, vemos unas casas prefabricadas y, a la izquierda, una alambrada en cuyo interior se asentaba antes un viejo cementerio de coches. Si subimos por el cerro, campo a través, al llegar al punto más alto, contemplamos una colonia de chavolas y, al fondo, los barrios de Goya y de Lucero Batán, mientras que, a nuestra espalda, queda, siempre vigilante, el Hospital Militar, sin embargo, si dirigimos nuestra vista hacia el norte, contemplamos el Cementerio de San Isidro y, un poco más a la derecha, la iglesia y el Albergue de San Martín de Porres en donde muchos mendigos y marginados encuentran un último recurso que provisionalmente puede resolverles su proble-





Tumba de Campoamor en el Cementerio de San Isidro.

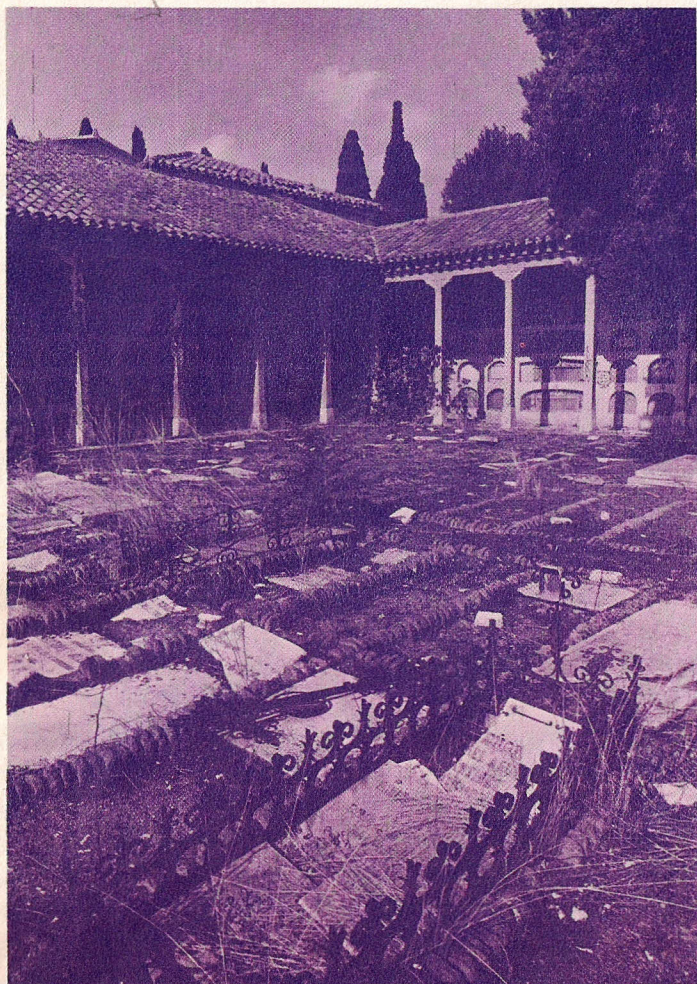
ma más urgente: la alimentación.

Desde la atalaya en la que nos encontramos, podemos contemplar, a nuestra vera, tan reales como la vida misma, algunas casas fabricadas con latas y bidones, con cartones y plásticos así como, en dirección a los campos de fútbol, en la esquina con Alcotán, la Villa «Anita» maravilla de ladrillo rojo perdido en estos lares. Al lanzar la vista al fondo, más allá de los campos de fútbol, otra vez la contaminación y el centro de Madrid mientras, de nuevo, a la espalda, queda el Hospital Militar.

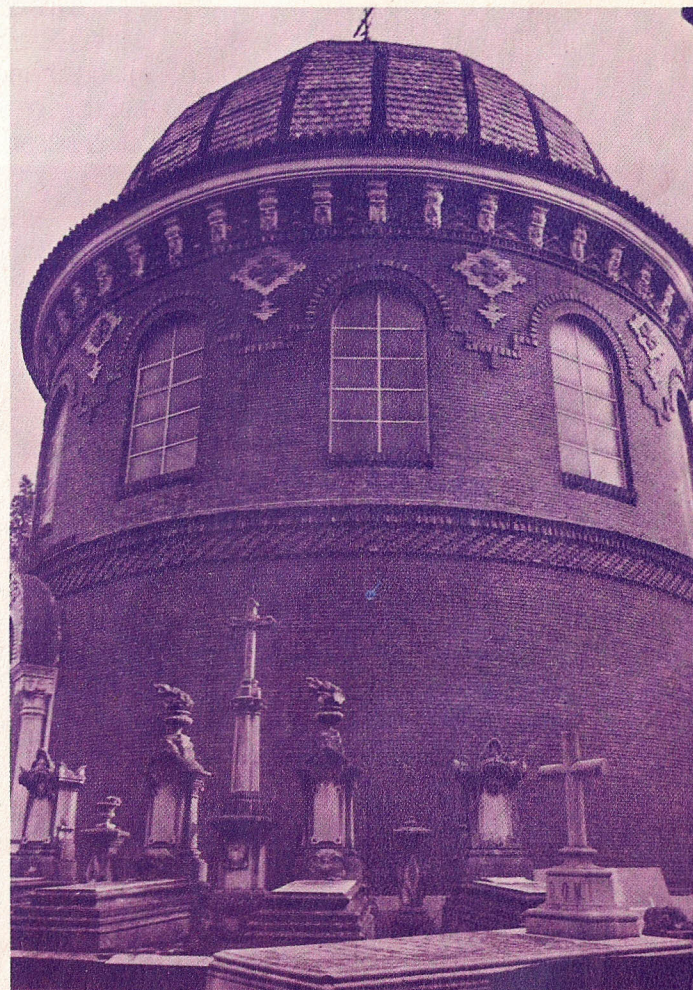
Crucemos la Vía Carpetana, penetremos en el Cementerio de San Isidro y entretengámonos todo el tiempo de que dispongamos, aunque, en caso de tener prisa, nuestro consejo es recorrer el paseo central por cuya avenida, tras ver algunos monumentos funerarios de enorme interés, como el de D.^a M.^a Luisa, llegamos hasta la escalera de piedra que nos da paso a los viejos patios de esta Sacramental en lamentable estado de abandono, en los que encontramos entre otras muchas, la tumba de Cayetana de Silva, Duquesa de Alba, la cual se encuentra

situada justo en frente de la tumba de los hijos del ilustre artista Goya; con vistas a salir de este lugar, es necesario retroceder por estos patios, así como por la impresionante escalera, para retornar al pasillo central y, en dirección al río, dirigir el paseo hacia la entrada principal, para desembocar en el Paseo de la Ermita del Santo ante la estampa del campo de Fútbol, no obstante, no debemos desaprovechar la ocasión de contemplar la fachada de dicha Ermita con la estatua de San Isidro y la inscripción que allí figura la cual se refiere a la milagrosa fuente del Santo, que se encuentra a su izquierda, a la que multitud de devotos y feriantes acuden a coger agua y a vender botijos durante las fiestas del Patrón.

El siguiente paso que debemos dar consiste en bordear el Cementerio, cuesta arriba, y cruzar la calle para adentrarnos en el Parque tras rebasar las dos columnas huérfanas que allí se encuentran desterradas de algún Palacio que sucumbió a la piqueta. Cuando hayamos atravesado el parque, nos encontraremos la curiosa fachada pintada en tonos ro-

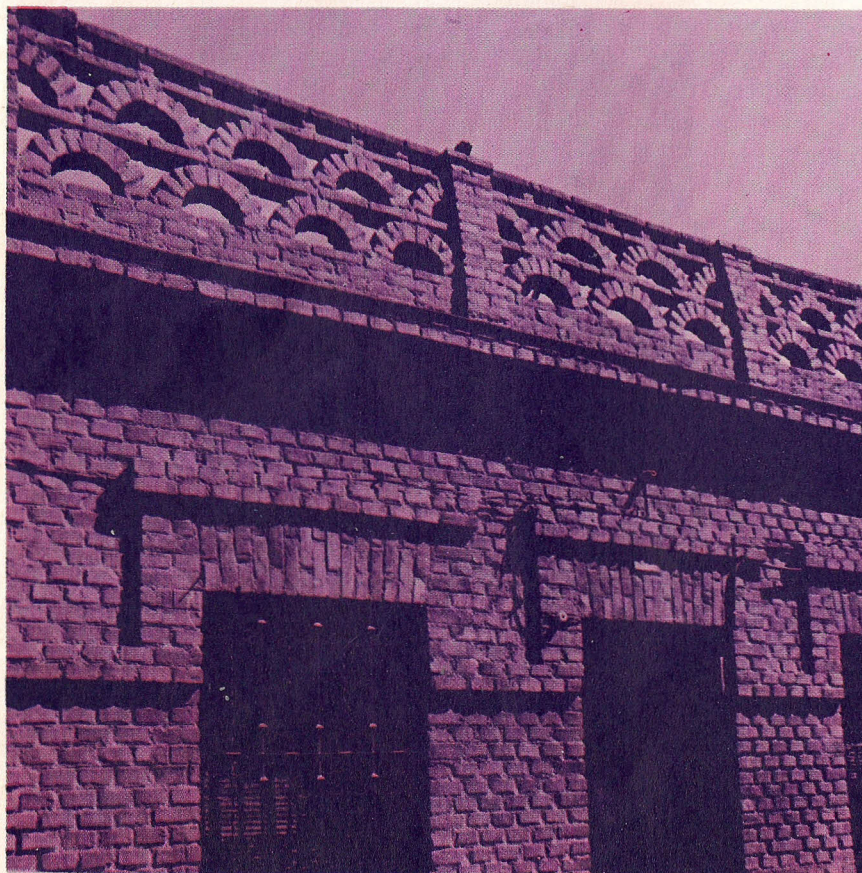


Patio correspondiente al Cementerio de San Isidro donde se encuentran las tumbas de la Duquesa de Alba y los hijos de Goya.

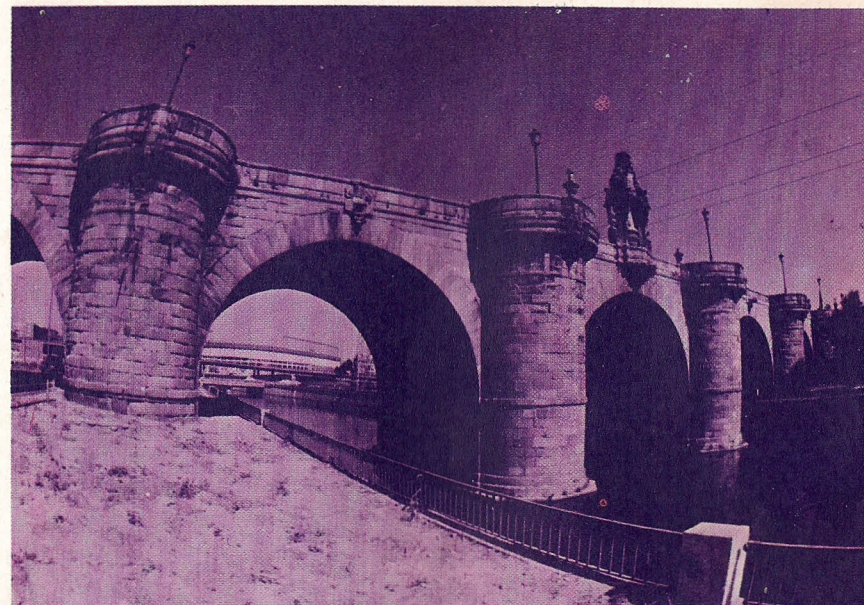


Detalle del Cementerio de Santa María.





Adornos con ladrillos en la calle Comandante Fontanes.



Puente de Toledo con el Estadio Vicente Calderón al fondo.

sados, la cual culmina en dos graciosas rejas que encierran ambas campanas, que sirven de entrada al Cementerio de St.^a María, cuyo paseo central y estructura ordenada merece una atenta contemplación. A la salida, debemos dirigirnos por la calle Pellejeros y bajar por Armentot a General Ricardos, recorrido en el que podemos contemplar algunas

señales y decoraciones, en muchas fachadas, de lo que fue esta barriada suburbial. La vista que se contempla en este momento, está integrada por el Centro de Salud, la Iglesia de San Miguel y, entre ellas, D.^a Enriqueta con sus gallinejas de imponente aroma. Pocos pasos más allá, el Puente de Toledo, que se terminó de construir en el primer tercio

del siglo XVIII, sustituto de otro puente de madera que existió con anterioridad, fue construido por don Pedro Rivera por instancia del Marqués de Vadillo, Fco. Antonio Salcedo Aguirre, corregidor de la Villa. De él, dice don Ramon Gómez de la Serna:

«Este Puente, por el que el día de San Isidro pasa todo Madrid, y todos los días una gran cantidad de hombres y animales, puesto que casi todo el ganado que se mata en Madrid viene por ahí; es entre todos los puentes de Madrid el más adornado, el más florido, el que está decorado con detalles más delicados».

Por uno de los nueve arcos que tiene, pasa hoy, ufano y señorial, el río Manzanares del que tanto se ha escrito y del que tanto se han burlado autores como Quevedo, quien dice:

***Llorando está Manzanares
al instante que lo digo,
por los ojos de su puente,
pocas hebras hilo a hilo...***

La despedida de los paseantes puede alargarse un poco más, si así se desea, para visitar algunas tascas que aquí abundan, pues no es, en modo alguno, demasiado, visitar «Los Minutejos» en donde probar un picante y original «Minutado» y, si en la variedad está el gusto, dirigirse por la calle de Jacinto Verdaguer, en dirección a General Ricardos, preguntando dónde probar unas apetitosas tapas de quesos variados entre las que, sin duda, destacan las de cabrales.

Aquí, tal vez, terminen estos paseos que, no cabe duda, pronto continuarán.

VIII. A MODO DE EPÍLOGO

Para terminar estas hojas escritas, que sin duda adolecen de muchas deficiencias y errores, pero que contienen enormes deseos de ilusión y optimismo, queremos atrevernos a plantear algunas sugerencias sobre posibles aprovechamientos posterior-

res de esta iniciativa.

La posibilidad de enlazar los cuatro paseos convirtiéndolos en uno solo puede ser muy sugerente para organizar alguna marcha deportivo-histórica que pueda realizarse en bicicleta, con patines, corriendo e incluso a pie.

Otras posibilidades fotográfico-artísticas de todo tipo creemos que ya están siendo trabajadas por otros compañeros y sólo nos queda animarles para que obtengan lo antes posible unos resultados óptimos de los que sin duda nos podremos beneficiar todos los vecinos de Carabanchel.

Pero lo que sí queremos resaltar antes de terminar son las múltiples posibilidades pedagógicas que estos paseos presentan y que cualquier maestro puede recoger como un elemento más que le ayude a conseguir que sus alumnos conozcan el barrio en el que viven y puedan de esta manera respetarlo.

Y aquí queremos concluir este trayecto en el que nos ha sido muy grato caminar juntos por este querido Carabanchel que bien merece un largo y entrañable paseo.





Las calles de Carabanchel, lugar de encuentro con la Historia y la Cultura.

A CONTINUACIÓN
presentamos estos
documentos que serán
útiles para completar
las estampas que nos
hemos ido encontrando
durante cada paseo.





F. HERNANDEZ GIRBAL

(1963)

ENTIERRO DE SALAMANCA

*Resumen de las informaciones
periodísticas de la época*

La noticia de que el marqués de Salamanca había muerto se extendió rápidamente por Madrid y durante toda la noche acudieron a Vista Alegre parientes y amigos de la casa. Entre los primeros se contaban don Fernando y don José Heredia, marqués de Benhavia, el vizconde de Bahía Honda, el conde de Zaldívar y el general Mendoza. Entre los segundos, los señores Albareda, Rodríguez Correa, Sánchez Bustillo, Moret, Silvela, Llorente, Gayangos, Aróstegui y Caldeiro. También lo hizo el Ayuntamiento de Carabanchel en pleno. María Josefa de Salamanca se retiró a una de las habitaciones bajas del palacio acompañada de miembros de la familia.

Durante toda la noche velaron el cadáver distintos amigos en unión de algunos concejales de Carabanchel, ujieres del Congreso y servidores de la casa. Por haber muerto fuera de los límites de Madrid los alabarderos no pudieron hacerle su última guardia como Grande de España.

Fernando de Salamanca llegó de Bayona a las cinco de la mañana y al penetrar con su hermana en la alcoba fúnebre se desarrolló una triste escena.

A las nueve y media de la mañana del lunes 22, el ayuda de cámara Manuel, auxiliado por otros criados vistió, a quien fuera su señor, de frac y le colocó, cruzándole el pecho, como única distinción, entre las muchas que le fueran otorgadas, la banda azul y blanca de Carlos III. Luego lo encerraron en un féretro de zinc con adornos dorados.

Durante todo el día no cesaron de acudir a Vista Alegre innumerables amigos del difunto marqués para testimoniar a la familia la expresión de su sentimiento. Numerosos carruajes corrían por el camino de la Corte a Carabanchel. Los tranvías venían llenos. Las alamedas que rodean el palacio no dejaron ni un solo momento de verse concurridas. En el salón azul, Fernando de Salamanca, junto con los demás parientes, recibía el pésame.

Los jardineros de Vista Alegre depositaron en la caja grandes coronas de mirto y los vecinos de Carabanchel una de siemprevivas y pensamientos con la siguiente dedicatoria: «Al excelentísimo señor marqués de Salamanca, el pueblo de Carabanchel Bajo». Para costearla se abrió el día anterior una suscripción popular. Al saberlo, un mendigo llamado Anselmo Pradillo se dirigió al alcalde y le dijo: «Ahí tiene usted los doce cuartos que hoy he recogido. Póngalos en la corona. ¡Poco es para los muchos años que el señor marqués me socorrió». Algunas mujeres del pueblo arrojaron también flores sobre la carroza.

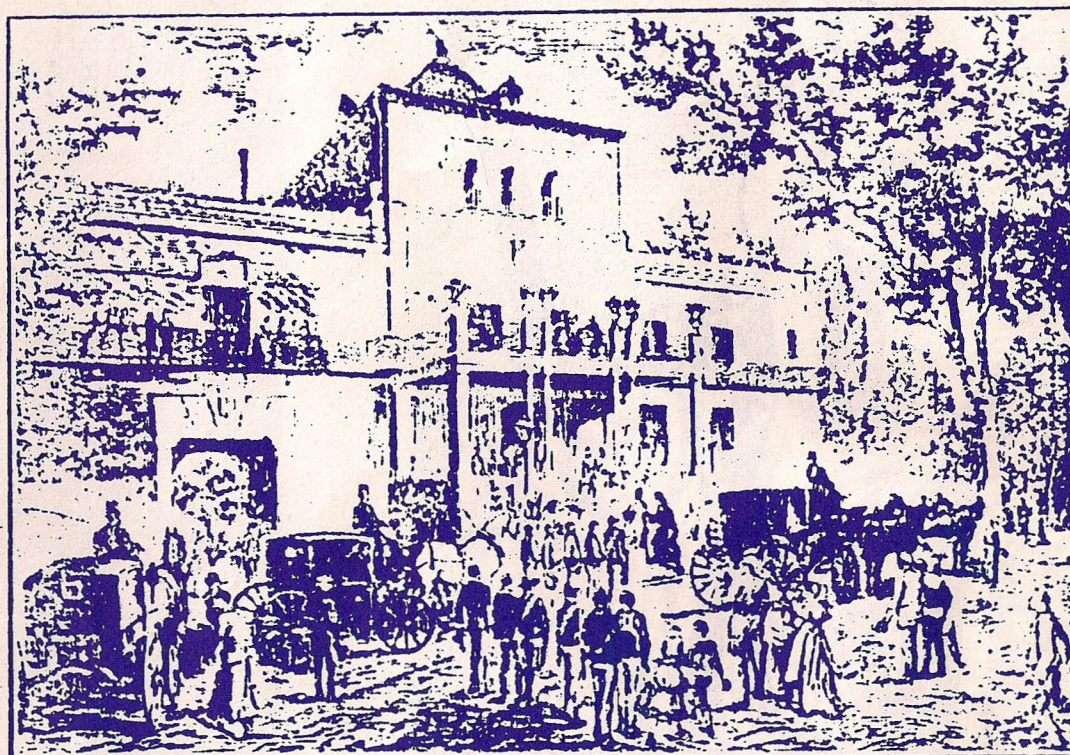
Al salir el cortejo de la posesión por la puerta principal, el espectáculo que el exterior presentaba era grandioso y conmovedor. Una gran multitud llenaba la plazoleta, el camino y las alturas inmediatas. Todos los hombres tenían la cabeza descubierta y muchas mujeres lloraban. Una sección de la guardia civil, encargada de mantener el orden, abrió paso.

RECUERDOS DE OTRO TIEMPO

La Esfera 8 Dic. 1928

La quinta de los Montijo en Carabanchel

EN un millón novecientas mil pesetas ha sido adquirida por una Orden religiosa femenina la finca que poseyó en Carabanchel la condesa viuda del Montijo, y luego fué propiedad de la Emperatriz Eugenia y de los descendientes de su hermana la duquesa de Alba. Nos informa de este suceso el sagaz reportero y ameno cronista que firma en *La Epoca* con el seudónimo «Mascari-lla». Su interesante relato ha evocado los recuerdos de aquellas nobles damas moradoras de esta quinta de recreo. Derribado y reedificado para instalación de grandes almacenes y de un hotel el palacio señorial de la plaza del Angel, y convertida probablemente en sanatorio la quinta de Carabanchel, no quedará en Madrid recuerdo de la condesa del Montijo y de Teba, que fué una de las más relevantes figuras de la Corte de Isabel II en España y de las Cortes de Luis Felipe y Napoleón III en Francia. Con razón deplora *La Epoca* la desaparición de aquellas moradas madrileñas, que debieron conservarse como documentos históricos.



Llegada de la ex emperatriz de los franceses á la finca de su señora madre en Carabanchel

